Panorama Móvil

POLEMICA

AUTOCTONISMO Y EUROPEISMO

Cartas de Franz Tamayo y Martí Casanovas

La Paz, 10 de abril de 1928.

Apartado 1,524. México D. F.

Mi estimado amigo.

Toco este punto tan importante de una de sus cartas: la necesidad de renunciar al espíritu occidental, tratándose de la creación del nuevo arte mexicano.

Con el nuevo conocimiento que usted llega a tener en este momento del mundo americano, en su visita a México, usted — me parece — está sintiendo la enorme atracción de las cosas grandes y nuevas, y nuevas seguramente son las americanas, sobre todo aquellas que manan directamente de las grandes fuentes históricas, raciales y culturales, de los dos grandes imperios indios, azteca y peruano. Usted las está palpando de cerca, malgrado la brutalidad española que trató durante trescientos años de destruír cuanto encontrara en pié a la hora de la conquista. Me doy justa cuenta de la impresión que usted siente: la proximidad de una grande alma autóctona, la contemplación de ruinas y restos maravillosos, en una palabra, el redescubrimiento, por un americano, de un mundo desaparecido o por desaparecer. Entonces la consecuencia es clara: usted, buen americano, se inclinaría a aceptar la sola posibilidad de americanismo absoluto, absoluto en el sentido de renunciar a todo lo que no sea indio, indo-americano, como se dice ahora. Y cuando usted encuentra un americano, americano kath'exokhen, como yo, que habla de occidentalismo, etc., usted se yergue en protesta...

Entendámonos un poco.

Yo he sondeado con el pensamiento y durante muchos años este nuestro mundo americano, y en lugar y medio bastante semejantes al mexicano que usted está laborando hoy. Pero a la vez conozco el mundo que llamamos occidental. Ahora bien, permítame usted, saltando un poco la argumentación, decirle que fuera del mundo occidental, no hay salvación para nosotros. Otra cosa es que los americanos nos incorporemos al occidentalismo con nuestra alma americana íntegra y muy orgullosamente íntegra. Lo que de ello resulte sólo podrá ser algo original y poderoso, algo que distinguiéndonos hondamente de las diversas almas occidentales, nos dé sin embargo carta de ciudadanía en la república occidental de la Cultura. Permítame un simil no del todo exacto, ya que no se me ocurre otro mejor: de la manera como los romanos se incorporaron a la cultura helénica —suprema—, de esa manera nosotros nos occidentalizaremos. Los romanos comenzaron confesando la supremacía de los patrones y módulos griegos. Toda la máquina pensante, todo el método, la forma de las aspiraciones, la materia misma del trabajo intelectual, en una palabra, la educación toda, para el romano y su inteligencia, debía tomarse en Grecia, por la sencilla razón de que en esta tierra privilegiada la humanidad había alcanzado su ápice de perfección y de eficiencia, y que por consiguiente sería la mayor locura pretender renunciar voluntariamente a ello. Igual nosotros. Ni el arte ni la ciencia podrán privarse en América de todo lo conquistado por el oc-